

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

o

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA



PARA
HACERSE AMAR

POR

Ossi Oswalda

50 cts.

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis Teléfono 18551
BARCELONA

SCHATZ, MACH' KASSE 1926
Para hacerse amar

Sugestiva comedia,
interpretada por

OSSI OSWALDA

Exclusivas
L. Gaumont

Paseo de Gracia, 66
BARCELONA



Para hacerse amar

Argumento de la película

Madame Jaquin era la propietaria y directora de una importante "Maison de Modes", que si tenía muchos modelos, tenía también muchas deudas.

Cierta mañana había recibido en su casa la visita de Luisa, una antigua amiga de juventud.

Luisa se dedicaba a "confeccionar" matrimonios los ratos que le dejaba libres su afición a la chismografía.

Era tan altruista que pensando en casar a los demás se había quedado para vestir santos.

Mientras mordisqueaba una pastilla de chocolate, Madame Luisa decía a Madame Jaquin:

—El muchacho de que le hablo es simpático, distinguido y con los bolsillos bien forrados... ¡Para su hija, el gran partido!

—No me parece mal... pero al menos quisiera conocerle antes...

—¡Va usted a reirse!... ¡Está aquí!

—¿Dónde?

—En el antiguo saloncito... Le he dicho que me aguardase. El pobre estará impaciente esperando su suerte.

Por un entreabierto cortinaje Madame Jaquin contempló a su futuro yerno.

Se llamaba éste César Glueck y en un concurso de maridos tontos habría ganado por unanimidad el primer premio. Y en un concurso de narices largas lograría la misma distinción.

Porque ¡qué nariz, señores!... Larga, larga, como la nariz de un gigante... Algún águila se la envidiaría para pico...

La modista no pudo menos de sorprenderse.

—Pero, querida... ¿le ha visto la nariz?

—Y eso, ¿qué importa?—respondió Luisa—. Piense usted que posee un millón... y que desea invertirlo en el negocio...

—¡Oh, si no fuera eso!

—Y además, está locamente enamorado de Olimpia.

—¡Me conviene, Luisa!... Pasemos a saludarle...

Entraron las dos en el salón y Madame Jaquin acogió al narigudo con la más cordial de sus sonrisas...

Colmóle de atenciones exquisitas, le habló con una amabilidad de futura suegra y le prodigó las mayores zalamerías, como un comerciante que piensa hacer un buen negocio.

César, a pesar de su gran nariz que dicen es emblema de energía y carácter, era más tímido que una colegiala y se ruborizaba a cada instante no sabiendo cómo responder al afecto de Madame Jaquin.

¡Era tan apocado, tan poca cosa, aquel muchacho! Incapaz de declararse a una mujer, se había enamorado de Olimpia una vez que la viera en el Parque... Luisa, conocedora de

aquella pasión, acudía en su auxilio, presentándole a Madame Jaquin y haciéndola conocedora de sus propósitos.

—Ya me ha dicho mi amiga Luisa que está usted tan enamorado de mi hija...

—¡Una barbaridad, señora, pero una barbaridad!

—¡Qué honrada me siento con sus palabras! Pero usted tomará un aperitivo, ¿verdad?

—¡Oh, no... no... señora!

Apareció un criado con una bandeja de plata en la que descansaban unos cigarrillos y unas copas de licor.

César rechazó todo aquello... y Luisa exclamó:

—¡No fuma... ni bebe! ¡Es un hombre sin vicios, querida mía! ¡Nada hay tan reprobable como los vicios! ¡Especialmente el de beber!

Y a tiempo que esto decía, doña Luisa predicando con el ejemplo apuraba una buena copa de reconfortante licor.

—A esto se llama ser una persona ideal — opinó Madame Jaquin.

Y mientras tenía lugar esta conversación, lle-

gaba a su casa, metiéndose en sus habitaciones, la bella Olimpia Jaquin, una muchacha ultra-moderna, que iba peinada a lo "charlestón" y se pasaba el día bailando el ídem o practicando toda clase de deportes.

Acababa de despedirse de Constantino Renz, jefe de ventas de la casa Jaquin...

El sueño dorado de ese hombre que llevaba el bigote a lo Charlot era convertirse en jefe real y verdadero de la gran casa de modas, mediante una boda con la gentil Olimpia.

Y la muchacha parecía muy complacida por las acarameladas frases de aquel tenorio de tienda, de aquel muñeco perfumado y ridículo.

Un criado anunció a Madame Jaquin que la señorita acababa de llegar.

—Yo les dejo ahora — dijo Luisa —. He cumplido ya mi misión y me alegraré mucho que todo termine bien...

César estuvo a punto de marcharse con Luisa pues le daba miedo quedarse en aquella casa solo, pero Madame Jaquin le tranquilizó.

Después de despedir a su amiga, dijo a su futuro yerno:

—Voy a hablarle a mi hija de usted... ¡Confíe en mí!

—¡Señora! Siento verdadero terror ante la idea de...

—¿Por qué teme? Mi hija es dócil y cuando se entere de su capacidad, es indudable que aceptará gustosa.

César tocóse disimuladamente la nariz... ¿Lo habría dicho Madame Jaquin con segundas aquello de la capacidad? Porque bromitas ¡no!

Madame corrió al cuarto de su hija...

Olimpia la recibió muy alegre, besuqueándola como una muñeca mimada.

—¡Mamá, mamá, grandes noticias!...

—Yo tengo que dártelas ahora mismo...

—¡No, tú no me digas nada, mamá!... ¡Es-cúchame a mí!

Y riendo, moviendo su boquita monísima, agregó:

—Quiero casarme con Constantino.

—¿Con quién dices?

—Sencillamente, con nuestro agente de ventas... Viste tan "chic", se perfuma con tanto

arte... Cualquiera le tomaría por un verdadero "pollo bien".

—¡Es fácil... se equivoca tanto la gente! — dijo Madame Jaquin, entristecida.

—Pero, ¿qué tienes, mamá? ¿No te agrada la idea de mi boda?

—¡Es lástima! ¡Siempre pasa lo mismo! Se lleva las cosas buenas cualquier petimetre que lleva bien hecha la corbata... ¡Y yo que venía a ofrecerte un marido ideal!

—¿Un marido?

Y se echó a reír a grandes carcajadas...

—¡No, mamá: No quiero que te conviertas en agente de matrimonio. ¡Esas cosas del amor me las dejas para mí!

—¡Qué amor ni que rábanos fritos! — rugió la madre—. Está en edad de ser formal y pensar que tu madre sólo quiere tu bien... ¡Ven, no seas loca y no te rías más!... En el salón te espera... Con verlo nada pierdes; yo estoy segura de que te gustará...

—Iré para que no digas...

Acercáronse al salón y Olimpia abriendo

un poco las cortinas vió la figura ridícula de César...

Estalló en insultante carcajada... y dirigióse a otro salón sin poder ahogar la hilaridad que le arañaba todo el cuerpo.

César había escuchado aquella risita y se quedó contemplando los cortinajes... ¡Caramba! , ¿qué era aquello?

Madame Jaquin miraba a su hija con verdadero furor... ¡Estúpida!

—¡Ríete cuanto quieras! — le dijo—. Pero piensa que en el salón hay un millón, y en la puerta de la calle una nube de acreedores...

—¡Se les paga, y en paz! ¡Saca mi dote del Banco! — dijo ella cesando de reír.

—Hija mía, tu dote ha volado... Hace mucho tiempo que se ha transformado en crepé de China...

—¿Es posible?

Y aquella alegría que había brillado en sus ojos se apagó de pronto como espesas nubes que velan la luz del sol... ¿Es que estaban arruinadas?

—La ruina más espantosa, Olimpia... Y ese hombre es rico y podría sacarnos del apuro...

—¡No, no quiero sacrificarme!...

—Ya sabes, pues, lo que te toca... ¡Y tú que vives una vida tan espléndida!... En lo sucesivo tendrás que renunciar a tus costumbres elegantes...

Ante Olimpia pasaron como una sucesión de tentaciones, todo lo que constituía su alegría de vivir. La equitación, el golf, el tennis, los bailes en los grandes restaurantes, las funciones de teatro. ¡Y todo tendría que dejarlo!

Su semblante fué aún más hosco...

—¡Se acabaron los refinamientos! — agregó madame Jaquin—. ¡Tendremos que vivir en un piso interior, con vistas a un patio, y trabajar... trabajar mucho!

Olimpia vió en su imaginación aquel destar-talado pisito y a ella y a su madre teniendo que coser a máquina hasta altas horas de la madrugada... Pero dijo aún con cierta energía:

—¡Yo me amoño a todo, mamá!... ¡Si es preciso ser pobres, pobres seremos!

Pero Madame Jaquin no era de la misma opinión... Y tocó otro resorte sentimental.

—¡Hija ingrata! ¿Y no piensas en mí, en tu pobre madre?... ¿No piensas que por ti lo he sacrificado todo... hasta tu dote?

—¡Pero, mamá!...

—¿Por qué las muchachas tenéis tan poco sexo? ¡Ahora que se te brinda un partido magnífico... rechazarlo tan estúpidamente! ¡Y ese joven podrá no ser un Adonis, pero posee un tierno corazón... y una cartera tentadora!...

Olimpia volvió a reír... Pensó otra vez en la nariz de César, entrevista un momento.

—¡No te rías más que me pones los nervios de punta!... Te he criado sin que te faltara nada, y ahora, en el crepúsculo de mi vida, tendré que implorar por las calles una limosna...

Y la buena señora se esforzaba por hacer saltar una lagrimitas... que no salían ni a tiros... ¡Sequía completa!

Olimpia amaba entrañablemente a su madre y se conmovió... ¿Por qué no hacerse a la idea del sacrificio?

Ella era, por otra parte, un carácter alegre y despreocupado, y no le sería difícil procurarse una vida de libertad, de felicidad...

—¡Dame al menos tiempo para pensarla, mamá! — dijo —. ¡Mira que es un trago muy amargo!

—¡César te espera ahí... y debemos dárle una respuesta!

Olimpia vió en sueños la figura de Constantino y suspiró con melancolía...

—¿Qué remedio le tocaba? ¡Se resignaría a ser una señora casada... sin amor!

—Bueno, me sacrificaré si es preciso — dijo —. ¡Preséntame a ese joven!...

Madame Jaquin se vió ya en el puerto de salvación.

—¡Qué buena eres, hija mía! — dijo —. ¡Mi vivo retrato!

Se abrazaron...

Dirigíeronse al salón.

César tembló de pies a cabeza al contemplar a la que era señora de sus pensamientos, a su Olimpia...

Timidamente sentóse a su lado mientras

Olimpia tenía que realizar extraordinarios esfuerzos para no reír...

Madame, deseosa de dejar solos a los tórtolos, les dijo:

—Con el permiso de ustedes voy a preparar la comida.

César se levantó asustada,

—¡Oh, no se vaya usted... no nos deje!

—¡Mi hija queda con usted!... ¡No podrá quejarse de no estar bien acompañado!...

Desapareció de allí dejando al pobre César con los ojos bajos y todo tembloroso ante la hermosa joven que le miraba con indiferencia.

Olimpia estaba disgustada. Sin embargo se casaría con él. Mamá lo quería y ella no podía negarle nada a mamá...

Estuvieron unos minutos en silencio esperando Olimpia que el galán rompiera a hablar... Pero César parecía haberse vuelto mundo de repente... Y Olimpia tuvo que iniciar la conversación.

—¿De modo que usted quiere casarse conmigo? — le dijo.

Sonrió César, y animado, respondió:

—E-e-eso es lo que deseo, se-se-ñorita...

—¡Bien, bien! — contestó ella risueña—.

—Y cuándo quiere usted que sea la boda? — Paseado mañana... mañana... o ahora mismo?

César se atragantó pensando que iba a soltar alguna tontería y respondió:

—¡Yo creo... que sería mejor ahora mismo!

Olimpia saltó indignada... — A qué grado de estupidez llegaba aquel hombre?

—Pero usted se figura que una muchacha como yo puede casarse así, sin amor, sin amistad, con un hombre que apenas la conoce?

—Yo sí la conozco, señorita... y la amo a usted desde hace tres semanas y cuatro días — dijo adquiriendo una mayor soltura.

—Dónde me vió usted?

—Oh, un día... en el Parque Zoológico la seguí a usted!... ¡Yo voy mucho por el Parque!...

—Allí se encontrará usted como el pez en el agua — le dijo con ironía.

—Sí... sí!... Luego también la ví una no-

che... — Recuerda usted la representación de “Los Idiotas” en el Teatro Imperial?

—Usted seguramente no debía faltar!...

—Soy muy aficionado a “Los Idiotas”!

Olimpia le contempló con desdén. — Y con un hombre así debería ella casarse!

César aunque tonto no parecía mal hombre. Y además manejable.

—Entonces, ¿es de veras que usted me ama?

— le dijo.

—Oh, sí!

—Accedo a ser mi esposa...

—¡Olimpia!...

—Cálmese, accedo a ser su esposa pero con una condición... Que seremos esposos de *nombre solamente* mientras usted no haya conseguido conquistar mi corazón...

—Es una condición muy dura... mucho... pero...

—Debe usted aceptarla... Y a usted le toca hacerse amar...

—Acepto!

Y temblando de emoción le besó la mano.

Entró madame Jaquin, y su hija le dijo con fingida alegría:

—¡Ya somos prometidos, mamá!... ¡Creo que nos portaremos muy bien!

—¡No esperaba menos de ti! — le dijo la madre, sonriente...

Corrió a estrechar la mano a César y le dijo:

—Entonces, querido César, podemos tutearnos... Tú eres ya de la familia... Y hoy te quedas a comer con nosotras.

César quiso excusarse pero no hubo remedio.

Y durante el banquete se convinieron las condiciones de la inmediata boda, y además la aportación de capital que haría el joven al negocio de Madame Jaquin.

* * *

Un mes después contraían los santos lazos, estos lazos que luego a tantos contraríań.

Y César se encontró casado, convertido en un marido... de nombre solamente.

Tenía su habitación aparte y sólo había podido conseguir de su mujer algunos besos en la mejilla.

Ella le mostraba una indiferencia absoluta... al igual que Madame Jaquin cuyas amabilidades de antes habían desaparecido para dejar paso a la figura legendaria y mordaz de una suegra como hay muchas...

Hacía ocho días que se habían casado y César comenzaba a estar de mal humor...

¡La vida sin ningún aliciente era bastante aburrida!

Una mañana al ir a tomar el desayuno en compañía de su esposa y de su suegra que apenas le dirigieron la palabra, Olimpia fué a ponerle café en el tazón, pero César le apartó bruscamente la mano.

—¡Ya sabes que el café me pone muy nervioso! —dijo—. ¡No lo he probado nunca en mi vida!

Y dirigiéndose al criado le dijo:

—¡Traiga usted el chocolate, Juan!

No tomaba nunca ninguna bebida fuerte... Y mientras las dos mujeres saboreaban el néctar del café, César paladeaba tranquilamente su tazón de chocolate espeso...

Madre e hija se dirigieron en seguida al importante almacén de modas que tenían cerca de su domicilio particular.

La razón social se había transformado en "Jaqin y Compañía", sustituyendo a la antigua de "Madame Jaquin".

En algo debía conocerse el millón de César aunque éste no tocase ningún pito en la casa...

Aquella mañana César quiso ir al almacén y al llegar allí contempló sonriente los magní-

ficos vestidos y las hermosas modelos que inspiraban ideas de lujo y juventud.

Al llegar a una de las salitas, acercóse a Cé-



—¡Traiga usted el chocolate, Juan!

sar un peripuesto caballero y le dijo con grandes reverencias:

—Usted es don César, ¿no? ¿El socio y yerno de Madame Jaquin? ¡Muy honrado! Pues yo soy Anders, viajante de una gran manufac-

tura de modas... y traigo modelos verdaderamente exquisitos. ¡Prepárese usted a ver preciosidades!

Y abriendo su magnífico muestrario comenzó a enseñarle preciosos trajes de colores, encanto y sensación para los ojos femeninos.

César que no entendía de aquello contemplaba admirado los trajes que Anders le colgó de sus brazos.

—Son preciosos, ¿no? — dijo el viajante—. ¿Cuántos modelos quiere usted?

Dándose importancia, pensando que allí era el amo, César respondió:

—¡Anote usted seis!

—Seis es una insignificancia, señor mío! ¡Pongamos por lo menos doce! ¡Se venderán como el pan!

—¡Doce!

—Oh, ya veo que es usted un comerciante inteligente! ¡Ahora le enseñaré otras maravillas!...

Y fué poniendo en sus brazos lo menos dos docenas de trajes... de todos los cuales hizo César estupendo pedido...

El viajante, orgulloso de haber logrado aquella importantísima nota, se disponía ya a marchar, cuando llegóse a ellos madame Jaquin que seguía como reina absoluta imperando en



... las hermosas modelos que inspiraban ideas de lujo y juventud.

la dirección del negocio.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Cómo estás haciendo este pedido? — le dijo a César.

—Me parece que...

—Tú no entiendes de modas... y te prohibo...

Arrebató a Anders el libro de pedidos y con el lápiz tachó el que acababan de hacer.

—¡Anulado! — dijo —. En esta casa no se le compra a usted nada, señor Anders... aun quedamos escarmientados de la última vez. ¡Y en todo caso, sepa para siempre que aquí sólo mando yo!

Y alejóse pisando recio y dejando a César y al viajante apabullados.

César se excusó como pudo.

—Es mi suegra... ¡de caballería, créalo usted! ¡Cada vez se está poniendo más irresistible!

—¿Y usted no tiene que decir nada, no protesta?

—¿Qué quiere que diga? Cuando mi suegra habla, boca abajo todo el mundo... Ella es así...

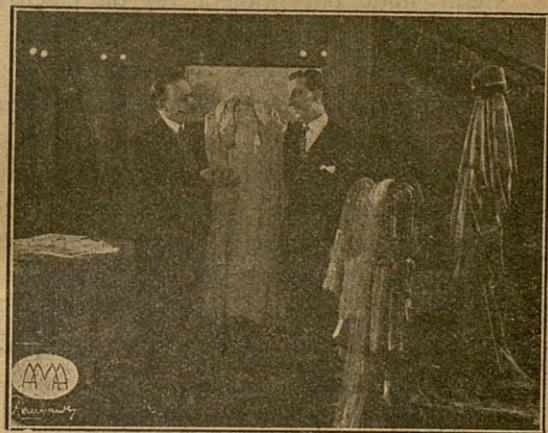
—Me daría vergüenza tolerar eso... que anulases mis órdenes...

Y el viajante, enfurecido, volvió a meter los bártulos en el baúl. ¡Maldito negocio! ¡Se le

había estropeado en el momento más interesante!

César continuó su paseo por los salones...

Vió de pronto al elegante Constantino Renz, el jefe de las ventas, que se disponía a salir...



—¡Oh, ya veo que es usted un comerciante inteligente!

César le contempló con cierta altivez. ¿Por qué aquel hombre que era un empleado suyo, le contemplaba con una risita burlona?

—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó César—. ¿Por qué no va a su sitio?

—Estoy esperando a su señora esposa para ir al “tennis” con ella — le respondió volviéndole la espalda sin ceremonia.

César sintió por primera vez un pinchazo interior. ¡Eran los celos!

Y acumulando una dosis enorme de energía avanzó hasta el cuartito donde estaba Olimpia y le dijo:

—No me parece bien que salgas tan a menudo con Constantino. ¿Qué es eso de irte todas las mañanas con él?... Acabarás por dar que hablar a la gente...

Ella le miró entre sorprendida y burlona.

—¿Sabes lo que te digo? — contestó—. ¡Qué yo no admito tiranías!

Y alejándose de allí se reunió con Constantino, a quien besó su mano.

César quedó enfurecido al verles partir.

¡No, en ridículo, no!

Y aquella tarde, después de comer, César dijo a su esposa:

—¿Por qué en vez de jugar con ese Constantino... no juegas conmigo al “tennis”?

—¿Contigo? — repuso ella, muerta de risa.

—¿Acaso sabes jugar?... ¡Si no practicas ningún deporte... no sabes nadar, ni montar a caballo, ni bailar!...

Pero César estaba dispuesto a todos los sacrificios con tal de que su mujer le amara.

—Lo aprenderé todo... si túquieres enseñarme.

—No tengo inconveniente — dijo Olimpia—. El que tendrá inconvenientes serás tú. ¡Vas a ver!...

Una hora después se presentó un profesor

de baile, urgentemente llamado a fin de que diera a César unas cuantas lecciones de charleston.

El profesor enseñó al joven algunos pasos



...se reunió con Constantino...

y luego tocó una pieza en el piano mientras Olimpia pretendía hacer bailar a su marido...

¡Pero qué modo de bailar!... Más que un charleston parecía aquello una marcha fúne-

bre... ¡Con qué monotonía, con qué pesadez, alzaba las piernas el pobre César!...

—¡No... no... más soltura, más movimiento... así!...



César quedó enfurecido al verles partir.

Y aunque el profesor y Olimpia se desgarraron para hacerle aprender unos pasos, la torpeza del joven fué invencible.

—¡César, César, cesa! — le dijo ella —

¡ Eres incapaz de bailar ni dentro de una peonza! ...

Fracasado aquel ejercicio, Olimpia acompañó a su marido a la escuela de equitación...

Allí César tuvo otro fracaso tremendo...

No supo montar a la silla y cayó varias veces provocando la hilaridad general.

Por fin suspendido de unos tirantes le subieron sobre el caballo y todavía volvió a caer estando a dos dedos de romperse la crisma. . .

César lanzó una maldición.

Le daba horror aquel ejercicio... Su suegra debería ser una buena amazona, pues era de caballería, pero lo que es él...

Olimpia estaba fuera de sí.

— ¡ Acabemos! — gritó —. Volvámonos a casa, antes de que la ciudad entera se ría...

— Mujer... es la falta de práctica...

— ¡ Y la falta de otras cosas! — le escupió con rencor...

Regresaron a casa... Madame Jaquin comprendió que había habido borrasca y dijo a su hija:

— ¿Qué ocurre? ¿Algún disgustillo?

— ¡ Y grave, mamá!... ¡ No podemos seguir juntos! ¡ Lo mejor es que nos divorciemos!

Al oír aquellas palabras, César respondió con indignación:

— ¡ No, no y NO!

— ¡ Sí, sí y SI! — gritó ella en el colmo de la ira —. ¡ Pediré inmediatamente el divorcio! ¡ No quiero que vuelva a caerme la cara de vergüenza!

Y salió de la estancia dejando a César con su suegra que le contemplaba con ira.

— Pero, ¿ ha visto usted, señora? ¡ Qué culpa tengo yo si no estoy práctico en los deportes! ¿ Y usted, que me prometía una felicidad completa!

— ¡ Yo no tengo la culpa, señor mío, de que sea usted tonto de nacimiento! — le dijo Madame Jaquin.

Y se levantó para ir a hacer compañía a su hija.

Por la noche, después de cenar, César vió a su esposa que arreglaba febrilmente unas maletas.

— ¿Qué es eso? — preguntó, angustiado.

Ella le miró con el rabillo del ojo y dijo:

—Creí que sabías que nos vamos a París para elegir los modelos de la temporada.

—¿A París? ¡Magnífico! — dijo él olvidando ya el disgusto de pocas horas antes—. ¡Ese será nuestro viaje de novios! ¡Ardo en deseos de ver París!

Olimpia le abarcó con una mirada de desdén. Lanzó una carcajada.

—¡Qué cándido eres! ¿Es que te creías que me iba a ir contigo de compras? ¡Pues me hubiera lucido!... ¡Me voy, naturalmente, con Constantino!

—¿Con Constantino?... ¡No, no lo quiero!

—¿Y quién eres tú para impedírmelo?

Entró madame Jaquin a quien César gritó:

—Señora, su hija se niega a obedecerme...

Yo no quiero que haga ese viaje a París.

—¡Es inconcebible tu actitud! — le gritó la suegra—. ¡Después que no sirves para nada... atreverte a gritar a mi hija! Ella irá a París porque yo lo mando... y se acabó.

—Comprendo que hice un mal negocio cuando me casé — murmuró entre dientes...

Y alejóse el pobre hombre para llorar en la soledad el fracaso de su corazón.

* * *

Abandonó la casa y desesperado, César decidió morir...

Vivir de aquella manera era una locura, un martirio constante, pues su corazón tenía sed de amar y sólo encontraba la indiferencia y la hostilidad en el alma de su esposa. Soñó que se disparaba un tiro.

¡Además era tan torpe y tan tímido!

Sentóse en el banco de un jardín...

Era noche cerrada.

Sacóse un revólver del bolsillo, lo cargó... dentro de breves momentos César dejaría de

pertenecer al mundo de los *vivos*... ¡Vivos en todos los sentidos que ustedes quieran!

Iba a apuntar el arma sobre el corazón cuando acercóse un individuo y le dijo mostrándole un cigarrillo apagado:



Soñó que se disparaba un tiro en el corazón

—¿Quiere usted darme fuego?

César dejó el revólver sobre el banco y entregó un fósforo al desconocido quien se sentó junto al dedicado.

Era un sujeto mal vestido y peor portado... Tenía un aspecto sospechoso... Llamábase Pedro.

—¿Fuma usted? — le dijo a César.

—¡No... no!... — respondió él, triste.

—¿Bebe?

Y le brindó una botella de whisky que el presunto suicida rechazó con horror.

—¡Ni humo... ni alcohol! — dijo Pedro, sorprendido. — ¿Qué le gusta a usted entonces?

—¡Nada!...

—¡Qué fúnebre está usted, caballero!...

Pedro descubrió el arma sobre el banco y la señaló. Iba comprendiendo; aquel hombre se quería hacer pim, pam, pum.

—¿Arruinado? — le dijo.

—¡No!...

—Pues, ¿qué ocurre, compadre?

Al propio tiempo le contempló fijamente y se sorprendió al ver el extraordinario parecido que César tenía con él... Eran exactamente iguales, como dos hermanos mellizos o aun

más... ¡El mismo tipo, la misma nariz!... ¡Qué cosas hace la Naturaleza!

—¡Es extraordinario nuestro parecido! — le dijo. — Y somos exactamente iguales! ¡Si se nos podría confundir! Al verle a usted me parece mirarme en un espejo.

—¡Oh, es verdad!

¡Eran como dos gotas de agua! Pero en cuanto a carácter dos cosas diametralmente opuestas. César era tímido, sin nervios, sin sangre; el otro era un hombre avezado a ir por el mundo, un tipo despreocupado y atrevido que no le temía a nadie.

—Pero, todavía no me ha dicho usted lo que el ocurre — le dijo Pedro. — ¡Hábleme de una vez!

César se señaló el corazón.

—¿Enamorado? — dijo Pedro, riendo. — Males del corazón, ¿no?... Me contará usted sus penas. Yo soy artista... artista de la vida. Tengo experiencia y quizás pueda ayudarle...

—¡Gracias... pero mi mal no tiene remedio!

—¿Qué sabe usted? Venga conmigo... ire-

mos a una taberna que conozco y podremos hablar...

Se encaminaron los dos hacia el lugar indicado. César le seguía coom un autómata.

Entraron en la taberna, animada por espan-toso bullicio... En una pequeña salita se ha-cinaban a lo menos un centenar de personas. Se bailaba entre las mesas, y mujeres de as-pecto de apache danzaban con sus com-pañe-ros a los acordes de movidos charlestones.

César y su nuevo amigo ocuparon una de las mesas del fondo... Pedro le volvió a con-templar con interés.

—¡Somos absolutamente iguales!... ¡Un pa-recido sorprendente que nos confundiría a los dos!

—¡Tiene razón! ¡Al mirarle me parece ver-me a mí mismo!

Llegóse a ellos un camarero y Pedro pidió whisky para su amigo y para él. Pero César protestó horrorizado.

—¡No, no, yo no he tomado nunca licores!

A mí que me traigan una taza de te...

—¡Te?

Y el camarero le contempló con desprecio...

Poco después le traía la aromática y caliente bebida... ¡Qué alfeñique era aquel?

—Debería usted acostumbrarse a las cosas fuertes, amigo — le dijo Pedro—. Déjese de tes y porquerías... Lo que a usted le falta es energía... Usted para ser fuerte hasta tendría que boxear con su esposa... ¡Sólo con energía se consigue hacerse amar de las mujeres!

—¿Energía? Pero yo no la tengo...

—¡Aprenda usted de mí!... Ahora mismo le daré una lección práctica... ¡Ve usted esa mujer que baila con ese sujeto de aspecto de matamoros? Pues dentro de pocos minutos se va a morir por mis huesos...

Levantóse y se dirigió a la pareja...

De un violento golpe les separó y dijo al bailarín:

—Esa mujer no baila más contigo, ¿entiendes? ¡Porque a mí me gusta!

—¿Y quién eres tú, imbécil? Quitamela si te atreves.

—Te he dicho que la quiero para mí...

Despojóse de la americana en un santiamén

haciendo lo propio su adversario y comenzaron a liarse a mamporro limpio.

Pedro era fornido y pocos minutos después derribó de un formidable *crochet* a su adversario.



...tendría que boxear con su esposa...

Y cogiendo a la mujer comenzó a bailar con ella el más castizo charleston de la tierra.

¡Así eran los hombres!

Y la mujer le miraba, entusiasmada de que Pedro se hubiese batido por ella, y cuando finalizó el baile le besó varias veces como prueba de agradecimiento.

Pedro la rechazó a lo lejos como si no le interesasen sus caricias. Luego, volvió a la mesa donde César había presenciado con el corazón muerto de angustia aquella pelea por una mujer.

—¿Qué le ha parecido? — le dijo Pedro.

—¡Estoy maravillado! — dijo César—. Y se me ha ocurrido una idea muy importante. Usted es el hombre que yo necesito para dominar a mi mujer. ¿Quiere usted ayudarme? Habrá buena gratificación.

—¡De mil amores! Dominador es mi oficio.

—¡Vámonos de aquí!...

Y salieron para concertar un plan libertador.

* * *

Estaba ya muy avanzada la madrugada y César no había regresado aún a su casa.

Olimpia muerta de angustia por el retraso inexplicable en hombre tan timorato, entró en la alcoba de su madre.

—Mamá — dijo despertándola—. Son las cuatro y César aun no ha venido a casa... ¡Es la primera vez que esto ocurre!...

—¡Los hombres! — protestó madame—. ¡Todos son iguales! ¡No hay ni uno aprovechable!...

—¡No, César no es de esos! ¡Demasiado le conoces, mamá! ¡Si es tan apocado, tan poca cosa!... Me temo que le haya sucedido algo... Empiezo a creer que no nos portamos bien con él.

—¡Valor, hija mía! Nada le habrá ocurrido a tu marido... Seguramente que estará de juerga con algunos compañeros...

La joven se reclinó en el lecho de su madre y al poco rato quedó dormida.

Mientras tanto, César y Pedro llegaban a la casa... Abrió César la puerca con gran cuidado e hizo entrar a su compañero.

El plan estaba maravillosamente combinado. Por unas horas se invertirían los papeles. Aprovechándose de la singular semejanza de su físico, Pedro pasaría a ocupar el lugar de César y con su energía dominaría el corazón de la esquiva esposa.

Los dos llegaron a un hall, y ocupando cada uno un lado de un biombo, se desnudaron y trocaron los vestidos.

Pedro apareció elegantemente vestido de frac y César con su americana sucia y una gorra hundida hasta las orejas.

—Me da miedo que se descubra el enredo — dijo César, timorato.

Su amigo le tranquilizó...

—Tenga usted confianza en mí!... Ahora

son poco más de las cuatro de la mañana... ¡Bien!... A las doce de esta noche volverá usted a ocupar su puesto y encontrará a su esposa suave como un guante.

—Yo me ocultaré hasta las doce... ¡Adiós... y buena suerte!

—¡Confíe en mí!

Alejóse César, y Pedro se dirigió a "su" dormitorio que ya antes le había indicado su compañero y se dispuso a dormir hasta las ocho o nueve de la mañana.

A las nueve en punto estaba de pie. La aventura iba a comenzar. Bien valía la pena de efectuarlo el puñado de billetes que César le daba como gratificación.

El "doble" de César empezó a interpretar su papel.

Dirigióse al comedor... Como César le había enterado de todas las minucias de la casa, nada le era desconocido.

Vió a un criado y le dió un estupendo golpe en la espalda. Juan, el sirviente, volvióse rápidamente con todo el cuerpo dolorido... ¡Demonio! ¿De dónde sacaba el señorito aquella

fuerza... si hasta entonces le había parecido que tenía el cuerpo hecho de algodón?

—¿Dónde está la señora? — preguntó con una energía desacostumbrada.

—No se ha levantado aún...

—Está bien... Comience a servirme el almuerzo.

Fué al comedor y sentóse a la mesa...

Mientras el criado preparaba el desayuno y contemplaba de reojo al señorito, llegó Olimpia.

La mujer contempló a su marido con indignación. ¡Ah, iba a reñirle severamente por la inexplicable tardanza de la noche última! No tuvo tiempo de explicarse pues el supuesto César le dijo:

—¡Buenos días, querida!... ¡Tan tarde como de costumbre!...

¡Era guapa su esposa! ¡Lástima que no fuese en verdad su mujer!

Y le dió un beso frío como el mármol, en la mejilla.

Olimpia le miró desconcertada.

—¿Qué modales eran aquellos?

—¿Es que no merezco un saludo más afectuoso? — protestó.

—¡Siéntate! — le dijo él con una cara de juez que daba miedo.

Olimpia, extrañada, obedeció...

El criado fué a servirle el acostumbrado chocolate pero Pedro lo rechazó con furia.

—¡Llévate esa porquería!... ¿Qué te has creído?... Yo sólo bebo café...

Y ante la estupefacción de su esposa y del criado se sirvió un tazón a rebosar de moka.

—Tráeme ahora un cigarro puro!

Juan, tembloroso, le entregó el vegero y Pedro lo fumó tranquilamente.

Olimpia le contemplaba con miedo... Era tan extraordinario el cambio experimentado en el carácter de su marido, que no acertaba a pedir ninguna explicación. Pero, ¿qué había ocurrido allí? ¡Si nada quedaba en aquel hombre del ser enclenque y débil del día antes; si hasta su mirada brillaba con un destello dominador!

El criado Juan acercóse a Olimpia y le dijo:

—¡Señorita, el señor Constantino Renz espera!

—¡Que pase!

Juan sintióse agarrado por el brazo de Pedro.

—De aquí en adelante — le dijo —, cuando anuncie usted a alguien, diríjase siempre a mí, ¿entiende?

—Sí, señorito, sí...

¡Vaya con el millonario! ¡Parecía por entero otro hombre!

—Ahora dígale a Constantino que pase — ordenó Pedro.

Olimpia no osaba decir nada... Aquel gesto de su marido le producía sin querer cierta admiración... ¡Pero qué autoridad tan grande ponía en todas sus palabras!

Levantóse Pedro y cogiendo un abrigo de su esposa cubrió a ésta para que Constantino no le viera la vaporosa bata matinal.

Ella se quitó la capa en arrebato de furor pero él volvió a cubrirla.

—Me obedecerás en todo, ¿entiendes?

—Pero... César!...

Y tan extraordinario era aquello que no encontraba la palabra adecuada para protestar.

Entró Constantino Renz, aquel caballero de salón, que parecía salir siempre de una caja de vestidos...

Sin mirar siquiera al marido, sentóse al lado de Olimpia y le entregó un billete de ferrocarril.

—Aquí está el billete de usted para nuestro viaje a París — dijo.

—¡Dame eso! — dijo Pedro.

Lo leyó y luego lo rompió en cuatro pedazos.

—Mi esposa no va a París! — dijo.

—¿Cómo? — dijeron a un mismo tiempo Olimpia y Constantino.

—¡Que no va a París, repito... y nada más!

—¿Ha visto... ha visto? — dijo Olimpia al empleado en el colmo de la indignación.

Pedro sin perder la serenidad, dijo:

—No entretengas a nuestro empleado, Olimpia... Constantino, son ya más de las nueve... Va usted a llegar tarde al trabajo.

Constantino hizo una seña a Olimpia... Se

guramente el marido se había vuelto loco de repente... De otra manera era imposible que hablase en tal forma... Y saludando con profunda reverencia desapareció.

Olimpia rompió a llorar.

Pedro, sonriente, dijo:

—Créeme, Olimpia, debes dejar la compañía de ese figurín... Esos "flirts" son siempre peligrosos... Y no estoy dispuesto a consentirlo...

—Pero, César, tú no debiste tratarle así... ¡Eso es intolerable!

—¡En esta casa en lo sucesivo sólo gritaré yo!... ¡Y tú y tu madre y el último criado me obedeceréis sin chistar. ¿Comprendido?

Y desapareció dejando a Olimpia como quien ve visiones...

¡Le habían cambiado a César! ¿Qué quedaba de aquel carácter apocado y débil de los otros días? Pero, ¿qué le habían dado a aquel hombre? Demostraba una energía y un tesón sin iguales.

de que César la había reñido haciéndole sentir
¡Y ob secretos del alma de mujer! A pesar

la fuerza de su autoridad, Olimpia sentía por él cierta admiración...

No pensaba ya siquiera en su nariz exagerada... Sólo veía en él un carácter, un hombre, una fuerza y un temperamento varonil...

¡Extraño milagro!

Y mientras tanto en el desván de la casa, el cuitado César dormía a pierna suelta...

Constantino explicaba en el almacén de modas lo que le había ocurrido con el marido de Olimpia.

Las modelos le rodeaban riendo ante su relato:

—; Nuestro ilustre jefe está completamente loco! — decía—. Figuraos que ha roto el billete a París que yo saqué para su esposa... Y trata a Olimpia con una dureza que ni un sultán...

Apareció Pedro, a quien naturalmente todos los empleados tomaron por César...

Al verle, desaparecieron asustadas las muchachas y Pedro dijo a Constantino, reclamándole con gran dureza:

—Si continúa usted perdiendo el tiempo de

este modo, el sábado se le pagarán dos semanas y prescindiremos de sus servicios...

Alejóse Constantino meditabundo y Pedro fué al teléfono... Era una casa comercial que pedía por el jefe.



— ¡Nuestro ilustre Jefe está completamente loco!

—¡Sí... aquí es Jaquin y Compañía! — dijo Pedro. — ¡Sí... yo... personalmente... el Je-

—¿De modo que usted es Constantino?

—¡Constantino no es más que un empleado!... ¡Puede usted tratar conmigo que soy el jefe!

Y de esa manera fué imponiendo durante todo el día su autoridad... Su suegra y su esposa estaban asustadas... Pero, ¿qué podía pasar allí?

Aquella noche, Constantino, que a pesar de sus temores, quería continuar manteniendo un "flirt" con la esposa de César, fué a casa de Olimpia, y se invitó a sí mismo, quedándose a cenar.

Pedro estuvo tentado de echarle a puntapiés pero esperó a tomar determinación tan radical.

Y acompañado de su esposa y de Constantino ocupó la mesa... El empleado estuvo a sus anchas prescindiendo absolutamente del marido para dedicar todas sus atenciones a ella.

Madame Jaquin estaba invitada a cenar en casa de su amiga Luisa...

Olimpia estaba distraída, contemplando a su marido que no cesaba de fumar y les miraba con extraña frialdad...

De pronto Pedro dijo:

—¡No sé aún a qué debemos la grata compañía del señor Constantino Renz!... ¡Quisiera saber si es al placer o al deber!...

Y lo dijo en tono tan irónico que Constantino contestó con energía:

—Esto quiere decir que uno de nosotros dos está de más aquí, ¿verdad?

—Quizás tenga razón...

Y Pedro levantóse para pasear por el comedor mientras Olimpia le seguía con la mirada sin comprender su rara actitud.

Constantino se hallaba nervioso... Deseaba quedarse, y, por otra parte, le temía al peligro...

En la salita contigua estaban las maletas que ella había preparado antes para marchar a París...

Pedro llamó al criado y dijo:

—¡Lleve estos baúles al desván!...

El sirviente cargó con el equipaje... y desapareció...

Poco a poco, con cierta indiferencia que aterraba a Olimpia, y al propio tiempo le atraía

hacia él, Pedro volvió a sentarse a la mesa...

Comenzaron a servir el café...

Aprovechando una distracción de Constantino, echó Pedro a una taza de café el contenido de un frasquito, y luego la entregó a su huésped.

Olimpia sorprendió la maniobra y se horrorizó... ¿Es que quería envenenarle?

Por debajo de la mesa le cogió la mano pero Pedro apretó también con una dulzura que le supo a ella a caricia de amor...

Bebió Constantino el líquido y luego dijo saboreándolo con deleite:

—Señora, el moka es hoy excelente...

Olimpia sonrió, atemorizada. Y Pedro dijo:

—Quizás le den el buen sabor los dos gramos de arsénico que lleva...

—¿Arsénico? ¿Qué dice usted? — exclamó Constantino estremeciéndose.

También Olimpia se horrorizó. Pedro sin perder la serenidad siguió diciendo:

—Uno de nosotros está de más... Procure morir como no ha vivido nunca... como un hombre.

Olimpia estaba pálida. ¿Un crimen?

Constantino, sintiéndose ya realmente mal, exclamó entre lágrimas:

—¡Dios mío...! Pero es posible que me vaya a morir... tan joven y tan solicitado?

—¡No hay otro remedio! ¡Se morirá usted!...

—¡Pronto... pronto! ¡Un poco de leche caliente!

Y aquel galán temblando como un azogado, bebióse el contenido de un jarro de leche que se derramó lamentablemente por su barbilla y su traje.

Producía la desastrosa impresión de todos los cobardes... Aquello no era un hombre, ¡era un gallina!

Pedro cruzado de brazos le contemplaba sonriente y al fin le dijo:

—¡No tiembla usted más! ¡Es usted un perfectísimo imbécil! ¿Tengo yo cara de asesino?

—Es que usted...

—¡Cobarde! ¡No le he dado arsénico... sino azúcar!... Usted se encuentra enfermo de miedo.

Olimpia respiró gozosa, tranquila... ¡No le había envenenado! Pero Constantino temblaba aún sintiéndose gravemente enfermo bajo el poder de la aprensión. ¡Sí, sí, no estaba envenenado!

El criado había ido al desván a depositar las maletas y allí descubrió escondido a un hombre que era el propio retrato de César... Dió un grito horroroso y huyó escaleras abajo.

Entró en el comedor... y al ver a Pedro vestido de frac y sentado tranquilamente a la mesa, lanzó otro grito y huyó hacia la cocina.

¡Fantasmas... locuras...! ¡Era mejor morir!

César al verse descubierto en el desván y temiendo que el criado charlase más de la cuenta, optó por descolgarse tranquilamente por

una pared y esperar en la calle o en alguna taberna las doce de la noche.

Sin saber dónde ir, sus pasos le dirigieron inconscientemente a la taberna donde había encontrado a Pedro.

Estaba tan animada como de costumbre... Sentóse a una de las mesas, y aquella muchacha del baile, corrió hacia él al verle y se sentó sobre sus rodillas.

César no acostumbrado a aquellas cosas tuvo un susto tremendo... pero la muchacha confundiéndole con el galán que se batiera por ella, le daba cada beso capaz de resucitar a un muerto.

Acercóse un camarero.

—¿Qué desean?

—¡Dos vasos de te! — dijo César pensando en su antigua costumbre.

Pero al ver el gesto de asombro de la muchacha rectificó:

—Quiero decir ...dos dobles de coñac...

Y aquel coñac aunque le quemó las entrañas le supo a gloria... Y pareció tener más ánimos...

Se acercaba la hora de las doce... César pensaba únicamente en la gestión de su otro "doble".

Se levantó para marcharse.

—Pero es de veras que vas a dejarme sola otra vez? —dijo la muchacha.

—¡No, mujer!...

—¡Llévame contigo! ¡Yo quiero ir adonde tú vayas!...

Y no tuvo otro remedio que marchar con ella.

Le volvía a invadir una gran timidez.

Y allá en casa de Olimpia, Constantino se había ya calmado, convencido de que el envenenamiento era una broma.

Pedro se levantó y dijo a su empleado:

—Hágale usted compañía a mi esposa... ¡Yo voy a salir!...

—¿Te vas? —preguntó Olimpia en el colmo del asombro.

Indiferente, respondió:

—¡Procuren ustedes pasar la velada tan agradablemente como pienso pasárla yo!

Y alejóse para ir a su habitación y ponerse el sombrero y el abrigo.

Olimpia estaba desesperada... Su alma ya no tenía los mismos sentimientos... Había sido, vencida por la energía y la indiferencia algo ruda del esposo.

—¡Se va... se va otra vez! —dijo tristemente—. ¡Yo no puedo tolerar eso!

Constantino se echó a reír.

—¿Es que se ha enamorado usted de su marido?

Incapaz ya de contener su pena, ella dijo:

—¡Sí, señor, sí... me he enamorado!...

—¿De él? ¿Con ese tipo?

—¿Y qué importa ello? ¡Quiero su alma, su energía, su carácter! ¡Le amo, le amo, porque es el hombre que yo soñé! ¡Enérgico, varonil! ¡Me entiende usted? ¡Le amo!

—Olimpia, me sorprende lo que dice...

—¡Ahora acabo de ver bien clara la diferencia que existe entre un hombre y un maniquí! ¡No quiero saber nada más de usted!

Constantino la contempló con mirada desdenosa y tomando el sombrero, dijo:

—¡No volveré a importunarla! ¡Buenas noches!

Y alejóse indignado por aquella inexplicable actitud...

Poco después volvía César.

—¿Dónde vas? — le dijo ella, llorosa—. ¡No me dejes sola o al menos llévame contigo! ¡Constantino se ha marchado!

—¿Marchó ya? ¡Lo celebro!...

Y sonrió con aire triunfal.

—¿No quieres llevarme contigo? — dijo ella.

Pedro la miró sonriente... ¡Había obtenido una victoria completa!

—Con mucho gusto...

—Entra, pues, en mi habitación — le dijo ella con una sonrisa insinuante — ...y me ayudarás a elegir mi vestido.

Pedro se negó... En su alma surgían también hermosos sentimientos.

¡Era sensible tener que dejar a aquella mujer!

—¡No, no quiero entrar! — dijo—. ¡Te aguardo ahí fuera!...

La muchacha sonrió y cerró la puerta después de dar al que creía su marido una mirada de amor... ¡Había conquistado su corazón!

Poco después Olimpia salía con unos vestidos en el brazo.

—¿Cuál de estos te gusta? — le dijo.

—¡Elije tú misma!...

Ella acercóse como una enamorada.

—¿Y si nos quedásemos en casa, César?... Estoy tan cansada...

—¡Tus deseos han sido siempre órdenes para mí! — exclamó, inclinándose.

—¡Luego... te llamaré! — le dijo ella en voz muy baja.

Y entró en su habitación...

En aquel momento daban las doce...

Pedro sintió una gran melancolía... El había conquistado el corazón de aquella mujer, de aquella hermosa criatura, y ahora tenía que abandonarla... ¡Ah, amargo trance! ¡No valían los billetes de banco la herida que ya sangraba en su alma!

Encaminóse lentamente hacia el recibimiento.

Momentos antes, César había llegado ante su casa acompañado de la mujer de la taberna. Ella le había dicho extrañada.

—¿Vas a robar algo ahí?



—¿Vas a robar algo ahí?

—¡No! — contestó él tímidamente—. ¡Sólo a buscar lo que es mío! ¡Aguárdame!

Saltó por la verja y entró en la casa...

Encontró en el hall a Pedro. Este le dijo con melancolía,

—¡Pronto!... ¡Su esposa le espera con impaciencia! ¡Está enamoradísima!

Emocionado César despojóse de sus ropas volviendo a vestir el traje de frac.

—Pero, es de veras que me ama mi esposa? — dijo.

—¡Sí!... ¡Le aguarda en su cuarto!... Y oígame, cuando sienta usted que la energía le abandona, toque este talismán... ¡Yo no sé si es eficaz pero tengo en él mucha fe!...

Le dió una especie de medalla que César guardó en el bolsillo.

Luego César le pagó lo convenido por el servicio. Y armándose de valor avanzó hacia la habitación de su esposa...

Y Pedro, el que por unos momentos había vivido un ensueño de lujo y dicha, volvió a la calle. Allí le esperaba la mujer de la taberna quien le abrazó y besó...

Y los dos marcharon calle abajo, ella prometiéndole amor; él amargado por el recuerdo...

César se detuvo ante la puerta cerrada de la alcoba de su mujer. La puerta se abrió len-

tamente y apareció Olimpia vistiendo de modo vaporoso... Sonreía a su marido como la mujer amante y enamorada...

—¡César! — dijo.



...ya no sintió cobardías...

Y el joven, a quien el coñac había dado fuerza y que además confiaba en el talismán, entró decidido en la estancia, besando los labios de su amada Olimpia.

¡Fuera timideces, fuera miedos!... Y César

ante aquellos labios que se le brindaban fragantes, ya no sintió cobardías...

Pedro le había enseñado el camino para hacerse amar. ¡El no lo desperdiciaría! ¡Energía... y buen corazón!

Y la puerta volvió a cerrarse para acoger al amor...

F I N

GRAN EXITO

de la sensacional novela

ANA KARENINA

basada en la obra del

CONDE LEON TOLSTOI

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES
de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

Intérpretes de la película:

GRETA GARBO

y

JOHN GILBERT

E.B.